

LA OBLIGACION DE EMPRENDER

El hombre tiene una indudable vocación de hacedor. Y al igual que la naturaleza, la tendencia irresistible a mantenerse en actividad.

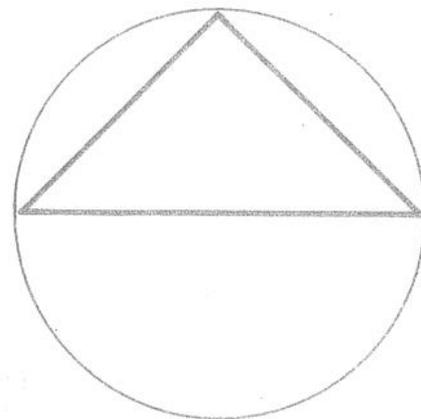
Reflexionando sobre el quehacer humano, sobre su velocidad y su evolución, parece justificado plantearse el que el hombre es el resultado de un proyecto, y que ese proyecto tiene por finalidad continuar la creación, que —en lo que respecta a la materia— en alguna oportunidad ya se detuvo.

La irrefrenable fuerza del hombre creador no debe limitarse a la producción. Debe orientarse también —y con no menor empeño— hacia el establecimiento de estructuras que hagan posible una sociedad cada vez más evolucionada, participativa y justa.

Por otra parte, el examen de las fuerzas que impulsan a la acción demuestra que, aunque aparentemente dispersas, ellas tienen un sentido orgánico e integral.

Siguiendo formulaciones conocidas de la geometría, se trata de graficar esta realidad, en un planteamiento que se define como Humanismo Triangular.

Se concluye finalmente en que la eficacia creadora del hombre debe ser el resultado —y así ocurre en la práctica— de conciliar las exigencias del conocimiento racional, esencialmente cambiante con los anhelos del corazón. Dualidad ésta que constituye por lo demás, característica distintiva de la raza humana.



CL809.4
ALC
OBL
c.1

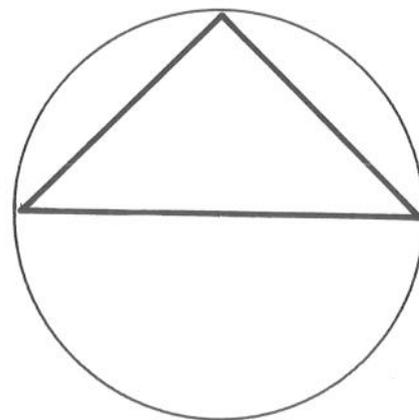
ARSENIO
ALCALDE
CRUCHAGA

18 Agosto 1981



0005996

LA OBLIGACION DE EMPRENDER



-015-

ARSENIO
ALCALDE
CRUCHAGA

18 Agosto 1981

PRESENTACION

Con motivo del Trigésimo Aniversario de la Cámara Chilena de la Construcción, ésta invitó a su ex Presidente, don Arsenio Alcalde Cruchaga, para que dictara una Conferencia sobre un tema a su elección, la que tuvo lugar el 18 de agosto de 1981, en el Salón de Honor de la Universidad Católica de Chile.

Para quienes conocen a Arsenio Alcalde, esta invitación no les sorprendió, ya que saben de sus multifacéticas cualidades. Empresario de la Construcción desde que recibiera su título de Constructor Civil, ha participado activamente en la Cámara, asumiendo diferentes responsabilidades directivas, ocupando la Presidencia de la Institución en el período 1970/71.

Asimismo, ha sido su representante por varios años ante la Federación Interamericana de la Industria de la Construcción (FIIC).

El interés del señor Alcalde por las relaciones laborales y por la estructura de la empresa, significó su participación en varias oportunidades como delegado empresarial de Chile ante la Conferencia Anual de la Organización Internacional del Trabajo (O.I.T.).

Su preocupación en este campo lo ha llevado a estudiar diversas formas de participación en la empresa y la aplicación de las mismas en las que ha dirigido.

Su natural vocación por las matemáticas lo llevaron a ser profesor de esta disciplina en su

juventud. También ha desempeñado labores docentes en la Universidad Católica de Chile, de cuya Escuela de Construcción Civil es Profesor Titular.

La Conferencia que ofreció en agosto de 1981 versó sobre la Obligación de Emprender, tema que, cuidadosamente revisado por su autor, tenemos el honor de presentar a continuación, donde se analizan las características del quehacer del hombre y las fuerzas que lo impulsan, concluyendo en un planteamiento gráfico que denomina Humanismo Triangular.

CAMARA CHILENA



DE LA CONSTRUCCION

INDICE

	Página
1. Introducción	9
I.— La Obligación de Emprender	
1. Sujeto, Objeto, Circunstancia.	11
2. Sobre el elogio del ocio.	14
3. Obligación y Libertad.	20
II.— La Creación	
1. La Creación sin el Hombre	23
2. La Evolución y el Azar	25
3. El Hombre y la Creación.	27
III.— La Empresa	
1. El Emprender en la Empresa	31
2. La Empresa Comunidad	34
3. De Utopía a Topía.	37
IV.— Reformulación del Tema	
1. Las Razones del Actuar	41
2. El Hombre, Animal Político	42
3. Humanismo Triangular	45
V.— Conclusión	
1. Razón y Voluntad	63
2. La piscina de Betzatá	65
3. La Disposición a Actuar	66

INTRODUCCION

En un ensayo que tituló "El conferenciante, escritor por palabra", sostuvo Unamuno que le resultaba preferible escribir en la soledad de su estudio —pluma en ristre—, que enfrentarse a un auditorio.

La verdad es que yo —que no puedo considerarme un escritor, ni de ésta ni de otra forma— he estado, sin embargo, reflexionando sobre el quehacer del hombre, sobre su naturaleza y su transcendencia, —temas que he considerado siempre del más apremiante interés— y he sentido la necesidad de transmitir esas reflexiones.

El tener la oportunidad de hacerlo ahora, en el marco de la celebración de los treinta años de la Cámara Chilena de la Construcción, constituye, a no dudarlo, una circunstancia afortunada.

Nosotros conocemos la trayectoria de la Cámara. No hay prácticamente nada del ser o del quehacer del hombre de la Construcción, o de su bienestar, o de su desarrollo, que haya la Cámara ignorado.

Y ahí están las demostraciones de su afán, de su preocupación por los niveles salariales, por las relaciones laborales, por la salud, por el bienestar, por la cultura, por la capacitación, por la habitación, —en fin, por la estructura misma de la empresa— que dan fe de lo que sostengo, esto es que, en la práctica, el título mismo de esta conferencia, "La Obligación de Emprender", podría constituir el lema, refleja al trasunto

histórico de lo que es y ha sido la Cámara de la Construcción.

Las ideas nacen del espíritu de la gente, y no es la casualidad la que las hace eficaces. Las hace eficaces precisamente el tesón, la constancia, la solidaridad. Esto es muy importante de considerar, porque de un individualismo estéril jamás habría resultado ninguna de las realizaciones de nuestra Institución, a las que me he referido.

Sus materializaciones han sido, a no dudarlo, el resultado de la solidaridad eficaz de un gremio que, en el marco más amplio de lo que es la comunidad nacional, ha sentido la obligación de emprender algunas iniciativas, y las ha llevado adelante, con eficacia.

Pienso también que es oportuna la circunstancia actual para expresar estas reflexiones, por encontrarnos acá, en la Universidad Católica, a la que por largo tiempo y numerosas razones me he encontrado ligado, y porque hoy resulta ser el aniversario de Alberto Hurtado Cruchaga.

Alberto Hurtado fue una persona que, con su convicción de humanismo social —que de tantas maneras y con tanta pasión transmitió— resulta ser un mentor en Chile de un humanismo sin el cual sería harto difícil plantearse siquiera el que exista la obligación de emprender.

Conociendo esta circunstancia, y el marco que he señalado, me he dispuesto a hacer algunas reflexiones, y transmitir las.

LA OBLIGACION DE EMPRENDER

1.- Sujeto, Objeto Circunstancia

El enunciado del Tema, nos llevaría primero a reflexionar, qué es lo que se quiere decir con “La obligación de emprender”. Qué es lo que se entiende por emprender. Cuáles son sus alcances.

Creo que si se planteara que existe la libertad de emprender, encontraría mucho más aceptación que si sostengo que existe la obligación de emprender. La libertad sí, se entiende muy fácil. La obligación habría que explicarla. Pero, explicarla de qué manera, porque si planteo como una tesis que existe la obligación de emprender, me vería después en la necesidad de tener que demostrarla, para hacer una formulación lógica. Y creo que resultaría muy difícil, en base a la sola razón, estarse demostrando la obligación de emprender. Por igual motivo, tampoco se puede plantear como un postulado. Así, lo que he pretendido hacer es nada más que tomar este tema, que en alguna medida me compromete —incluso personalmente, en el sentido de que estoy convencido de que, para el ser humano, existe esa obligación— reflexionar sobre ella, y transmitirles lo que pienso sobre esta formulación que parece tan rígida.

Emprender significa —usando términos aproximados a los del diccionario, no exactamente los mismos— acometer una obra con decisión, tomar el camino con la resolución de llegar. Emprender

significa hacer una cosa con empeño. Y el empeño al mismo tiempo tiene —dentro de la misma transcripción de los términos del diccionario— una característica: es una obligación en que uno se halla cogido, ya sea por su conciencia, por su honra, por otra razón. De tal forma que esta expresión de la obligación de emprender, podríamos traducirla por una todavía mucho más apremiante, que resultaría ser la obligación de obligarse. Resulta difícil aceptar la obligación de obligarse, a no ser que uno tenga una concepción del trabajo y del quehacer, que se formula por razones que van más allá del aquí y del ahora.

A mí mismo me habría resultado, me ha resultado de hecho, en oportunidades, que al reflexionar sobre el quehacer humano, me ha inquietado su aparente fatuidad. Porque no se entiende su sentido, si no se comprende cuál es el verdadero proyecto que se realiza con el quehacer del hombre.

Recuerdo oportunidades —por ejemplo, la de la muerte de mi padre— como una oportunidad en que experimenté un tremendo remezón, en orden a pensar de que las cosas son fatuas, de que la vida no ofrece un sentido. Pero, pensando y reflexionando, como lo estoy haciendo ahora, en que el hombre tiene un destino, que es el resultado final de un proyecto, es que me atrevo a plantear este tema de la obligación, que trasciende lo que sería el emprender como empresario. Al hablar de esto, de emprender, pienso que también lo hace el artista, también lo hace el pensador, también lo hace el filósofo,

también lo hace el trabajador. Es decir, el que se compromete con su destino está de hecho haciendo esto, obligándose a emprender.

Hay un libro muy interesante, que estoy seguro mucho de ustedes han leído, que se llama “El Ascenso del Hombre”. Pues bien, su autor, Jacobo Bronowsky, escribió que es precisamente frente a las dificultades de la vida, frente a la inseguridad, frente a la reflexión, sobre todo lo que ocurre en el mundo, es cuando el hombre toma esta resolución de emprender. Es precisamente ahí cuando el hombre —dice— y las distintas civilizaciones, han hecho siempre lo que han debido hacer. Es otra manera de expresar lo mismo. El hombre y las civilizaciones hacen lo que deben hacer. Se han obligado a emprender.

Hay, sin embargo, frente al trabajo, ciertas reflexiones, ciertas resistencias, que me interesa examinar, más bien como para despejar una incógnita en un problema, como para separar un escollo en el camino. Y es este sentido que se le quiere dar a veces al trabajo, de constituir en sí mismo una maldición. Este “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”, que dice la Biblia, y que muchos citan en el sentido de que es malo tener que trabajar. Y otros que llegan aún más lejos, que se han convertido prácticamente en panegiristas del ocio, celebrando el ocio como una finalidad.

Respecto al concepto de que pudiera considerarse al trabajo como una maldición bíblica, bastaría señalar de que la propia Biblia da pie

y fundamento para rebatir esa posible interpretación del trabajo. Porque el mismo Génesis en su capítulo Segundo relata que Jehová puso al hombre en el Jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara. Qué coincidencia curiosa: puso al hombre en el Jardín para que lo cultivara, que corresponde exactamente a lo que el hombre hizo históricamente, en sus primeras actividades organizadas: la agricultura. Y es difícil pensar que pudo cultivarlo estando inactivo. En consecuencia, lo puso ahí para trabajar. La interpretación que podemos hacer —siguiendo a la Biblia— y me parece que sí ésa es legítima, es que las dificultades posteriores se originaron más bien en el abuso de libertad en que el hombre incurrió. La maldición no es que el hombre trabaje, la maldición fue que la tierra resultara avara de sus recursos, de que produjera abrojos, de que solamente con dificultad le sacara el hombre provecho.

Y, cualquier agricultor sabrá que ésto de sacarle a la tierra sus frutos con dificultad, no puede ser más verídico y más valedero.

2.- Sobre el elogio del ocio.

Respecto del ocio, que sería otra cuestión en examen, quiero despejar el inconveniente de que alguien se plantee el ocio como finalidad.

El ocio, curiosamente, ha preocupado desde muy antiguo a la gente. Hay textos muy interesantes que lo mencionan. Aristóteles ya escribía sobre él, y decía que la naturaleza no debe so-

lamente orientar honradamente el trabajo, sino que también disponer adecuadamente los ocios. Y alguna reserva debe haber tenido sobre el ocio, porque al plantear los juegos con los cuales podrían distraerse esos ocios decía, que hay que hacerlos con cuidado, porque el ocio es una medicina. ¡Cuánta razón tenía! Es una medicina, no un alimento.

Otros llegaron más lejos posteriormente, Bertrand Russell tiene una famosa obra que se llama "Elogio de la Ociosidad", donde señala que el trabajo se ha hecho ya en demasía, que se ha gastado demasiada energía en él. Que los países industrializados han predicado con excesivo interés el trabajo, que hoy día deberían predicar una cosa totalmente contraria.

Uno, leyendo a Russell, se pregunta por dónde va, qué es lo que quiere decir. Y precisamente en el caso de todos estos panegiristas del ocio, es interesante escarmenar un poco para separar aquello que dijeron en broma de lo que dijeron en serio, o aquello que hablaron del ocio de lo que hablaron de la ociosidad. Porque el ocio y la ociosidad no son la misma cosa. El ocio, entendido como períodos entre períodos de trabajo, es una necesidad, es la medicina de que habló Aristóteles. La ociosidad vendría siendo más bien el abuso del ocio, el exceso del ocio. Y precisamente fue Russell el que con un ejemplo harto adecuado, explicó en qué consistía la ociosidad. Cuenta de un viajero que estando en Nápoles encontró 12 mendigos tendidos al sol, y como los vio tan ociosos, ofreció 10 liras

al que fuera el más ocioso de ellos. Y refiere que once de ellos se pusieron de pie para reclamar la moneda, y entonces el viajero la dio al que se había quedado tendido al sol.

No había ninguna duda, era de todas formas el más ocioso.

Al ocio se ha referido, en broma y en serio —al ocio y a la vida que se podría llamar la vida retirada, que no es lo mismo que el ocio—, entre otros, Horacio, en unos versos famosos, que comienzan “Beatus Ille”, los estudiantes del latín clásico los conocen bien. Allí Horacio puso en boca de un personaje, Alfio, un panegírico de la vida retirada, de la vida del campo, diciendo: “Dichoso aquél que separado de negocios, cual raza de los hombres primitiva, ausente de todo interés, labra con sus bueyes los paternos campos”. Y sigue una descripción del campo deleitoso, que mencionó más tarde Fray Luis de León, para terminar con una sorpresa del tal Alfio, porque concluye Horacio su célebre épodo diciendo: “Así Alfio, el usurero, ya labrador futuro, cogió todo su dinero, y fue y lo colocó a corto plazo”.

La verdad es que habrían cambiado harto poco las cosas en 2.000 años.

Para el que no crea que Horacio dice éso, yo le podría decir dónde está éso mismo escrito. Claro que con los términos que entonces se usaban, no dice a corto plazo, dice: “Así Alfio cogió todo su dinero por los Idus y fue a colo-

carlo para las calendas”, pero los Idus son mediados del mes —el 15 del mes— y las calendas el primer día del mes siguiente. Así es que, aparentemente, en aquel entonces, los plazos de colocación del dinero no eran de 30, sino que de 15 días solamente.

Otro célebre panegirista de la vida contemplativa o de la vida del campo fue Fray Luis de León. Fray Luis de León escribió esos versos que ustedes recuerdan: “Qué descansada vida, la del que huye del mundanal ruido, y sigue la escondida senda...”. Pero esos versos, que son un elogio a la vida del campo, aparentemente tenían una razón un poco más profunda, que la razón que así a simple vista se puede entender. Porque en ellos mismos describe lo que es un trasunto de lo que hacen los contemplativos, que realmente dedican alguna actividad —no a la actividad productiva, que Aristóteles distingue de la meditativa— sino que dedican parte de su tiempo a cultivar el campo —todo el mundo lo sabe—. Y precisamente Fray Luis de León en los mismos versos tiene una explicación de cuál es su ocio, porque expresa:

*“Del monte en la ladera,
por mi mano plantado, tengo un huerto
que con la primavera
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto”.*

Aún ahí, tendríamos el trasunto de una vida contemplativa, con alguna labor física “Bajo

el cielo del Señor". Pero —vuelvo a insistir—, Fray Luis de León parece que tenía algo más entre manos, porque ustedes saben que fue castigado por la Inquisición, que estuvo recluido unos cuantos años y cuando salió escribió una décima, la cual resulta ser una demostración de que no había en él sólo contemplación. Debe haber sido un hombre de carácter fuerte. Porque expresó en esa décima lo siguiente:

*"Aquí la envidia, y mentira,
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado.
Y con pobre mesa y casa,
en el campo deleitoso,
sólo con Dios se compasa
y a solas su vida pasa.
Ni envidiado ni envidioso"*.

Así es que el retiro que Fray Luis de León proponía, aparentemente tenía una cierta cuota —como la podríamos llamar— no de contemplación solamente. Había una razón adicional.

Unamuno —cuya obra me resulta del más alto interés— también se preocupó de este tema. Escribió un ensayo que se llama "En Defensa de la Haraganería". Pero, para sorpresa nuestra, la haraganería para él era de tal naturaleza, que él mismo era un haragán, y la circunstancia en que él haraganeaba era la circunstancia, singular,

de encontrarse —dice él— en Portugal, en el calor de la tarde, tendido en su cama leyendo a Lord Byron, y señala que de vez en cuando se ponía de pie, se asomaba al balcón, y confundía el ruido de las olas con los ecos de Byron, que escribió al mar, como ustedes saben.

Y no resulta difícil adivinar que los ecos que así harían haraganear a Unamuno, mirando las olas, serían aquellos que han sobrecogido a más de algún navegante:

"Revuelcate, profundo y oscuro oceano..."

Dice unamuno que el poeta es un haragán, es un vagabundo intelectual y espiritual. El mismo era un poeta, como ustedes saben, y filósofo. Y escribió algo que tal vez explica esto de decirse él haragán. Porque no puede ser más vagabundo que quien así se expresa:

*"En esas tardes pardas,
mientras tardas,
las horas resbalando,
van dejando
sabor de tedio
no existe más remedio,
¡triste estrella!
tan desterrado al verse,
que acogerse
al golfo del recuerdo
de lo que nunca fue".*

¡Qué puede resultar más vago que el recuerdo de lo que nunca fue...!

A Sócrates lo pone Unamuno entre los vagos. Pero termina diciendo algo del ocio —como él lo entendía— que parece muy sensato. Dice que es precisamente el ocio, el que ha permitido que la gente llegue a preguntarse por qué giran las estrellas. Y ciertamente gran parte de las cosas que se han hecho, o descubierto, gran parte de la filosofía, gran parte del pensamiento y gran parte de la cultura tienen que haber nacido de éso, de la posibilidad de preguntarse por qué giran las estrellas.

Volviendo a Russell, y para terminar con ésto, habría que decir que en el caso de cuantos escribieron —en broma y en serio, especialmente en el caso de Russell— habría que distinguir —y el buen sentido hace de cedazo— entre lo que hay en broma y lo que hay en serio, y en qué consiste el ocio, y el ocio como cosa necesaria. Y la aspiración planteada por estos filósofos del ocio, por la mayoría de ellos, es la aspiración a una vida no tan apremiante, y a la posibilidad —y esto sí que parece justo— a que el ocio sea distribuido razonablemente, que no sean algunos los que tienen la capacidad de gozar del ocio, mientras los demás tienen que trabajar horas extraordinarias. En ésto estamos, sí, ya de acuerdo.

3.- Obligación y Libertad.

Pero el despejar esta cuestión del ocio, parece que no hace sino separar una dificultad, para seguir adelante con nuestro tema. Y tratar de conciliar, si resulta posible, lo que es obligación con lo

que es libertad. Porque la obligación, ya sabemos en qué consiste: es una imposición o exigencia. En cambio, la libertad está definida en alguna forma por lo siguiente: la capacidad natural que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra, o de no obrar. Lo de no obrar significaría precisamente no hacer nada, entonces, cómo puede existir la obligación de hacer, cuando la libertad es la libertad incluso de no hacer. El problema es muy sencillo, aquí se trata de una obligación que uno se autoimpone con convicción, y, en consecuencia, no hay transgresión a la libertad, todo lo contrario, la disposición a obrar resulta natural.

Existe entonces la posibilidad de plantearse esa exigencia, de la obligación de obligarse.

II. LA CREACION

1.- La Creación sin el Hombre.

Resulta difícil abarcar un tema tan amplio como el planteado. Se siente la tentación de omitir varias partes. Porque, realmente no soy la persona más idónea para abordar temas como éstos: la creación, la evolución, el azar. Pero lo he hecho solamente con la intención de llevar un camino, de probarme a mí mismo una cosa, y tratar —y a lo mejor conseguir—, probársela a ustedes. No probársela racionalmente tal vez; pero que ustedes reflexionen sobre ella.

Esto de la creación, por ejemplo. Abordar el tema de la creación, en una oportunidad como ésta aparece como desmedido. Es desmedido. Pero la intención es la siguiente —hay que advertirlo de antemano— la intención es probar que el hombre es un proyecto.

Y como se trata precisamente de plantearse que hay la obligación de emprender —y quien emprende es el hombre— quiero probar que el hombre tiene por finalidad, o, mejor dicho, que el proyecto hombre tiene como finalidad, emprender. Porque emprender no es otra cosa que continuar una creación, que, en cuanto a la materia, ya se detuvo. Así es que el tratar todo eso de la creación, la evolución, el hombre y la creación, tiene esa finalidad.

Recuerdo que hace algunos años tuve conocimiento de una teoría que me impresionó e in-

quietó muchísimo, la teoría de la expansión del universo. Se planteaba que hacía unos 5.000 millones de años se había comenzado esa expansión —decía alguien—, como quien le pinta a un globo puntitos, y lo sopla luego inflándolo, con lo que se separan esas marcas unas de otras. Así se podía graficar la expansión del cosmos.

Aquella —cinco mil millones de años— era la edad que se le asignaba, entonces, al universo. No han pasado tres décadas y se ha más que triplicado la distancia que el hombre ha logrado penetrar hacia sus fronteras.

Porque en la misma medida en que la ciencia avanza, y se perfeccionan los instrumentos de observación, se va llegando más lejos, y descubriendo nuevos y cada vez más remotos objetos en los —tal vez infinitos— espacios celestes.

El sistema nuestro planetario habría sido la consecuencia de que, al atraerse mutuamente dos masas de materia interestelar primaria, se ha formado el núcleo —nuestro sol— y los satélites que giran alrededor. El sol vendría siendo entonces —y los satélites que lo rodean— el resultado de ese proceso. Pero si esto es así, debe haber otro sistema parecido al nuestro, con otro sol —que es otra estrella—, en alguna parte del universo.

Qué interesante —y al mismo tiempo qué abismante— resulta pensar que la estrella más próxima a la Tierra, después del sol, es Alfa del Centauro, la célebre constelación ptolemeica. Y que Alfa del Centauro está a más de cuatro —4,4— años de luz de la Tierra. Cuando ustedes,

en una noche despejada, la miren y la puedan ver, a lo mejor hoy día, está continuando el brazo de la Cruz del Sur, es una de esas dos estrellas, y estuvo ahí —donde hoy ustedes la ven—, hace 4,4 años. Esa es la dimensión del hombre, así resulta de limitada.

Hace tal vez 4.000 millones de años este, nuestro planeta, nuestra Tierra, cuando comenzaba a enfriarse su corteza, sufrió gran cantidad de cataclismos y transformaciones: se separaron los continentes, se separaron los océanos, subieron los montes. Transcurrieron millones de años hasta que hace más o menos 1.000.000 de años, un mamífero —cuando las especies anteriores habían desaparecido casi totalmente, los anfibios, los saurios— un mamífero se puso de pie —tal vez para mirar las estrellas— y ése, nuestro antepasado, no era todavía el hombre. Hace 50.000 años apareció en la práctica el primero que se podría llamar hombre, de nuestra especie, el Homo Sapiens.

2.- La Evolución y el Azar.

Todo esto ha sido el producto de un proceso. Un proceso que llevó a transformar el cerebro del aquel ser que primero se puso de pie, hasta darle 3 veces su peso original, en hacer una cantidad de transformaciones y perfeccionamientos: en el movimiento de la mano, en su capacidad intelectual, en la posibilidad de planificar, en la capacidad de posponer sus decisiones.

Y para concluir en lo que es el hombre hoy

día, toda esta evolución habría sido hecha —según algunos dicen— como resultado de la casualidad. Sería el azar el que habría producido todo esto.

Reflexionando sobre la materia, me preguntaba, ¿será posible sostener que realmente es el azar el que ha hecho todo eso? ¿Quién, qué hombre, qué artista, aceptaría que su obra ha sido hecha por azar? ¿por casualidad? o ¿qué empresario diría que los esfuerzos que ha hecho, la planificación que ha hecho, la replanificación, la contraplanificación —porque ustedes saben que las obras hay que planificarlas todos los días— lo ha hecho por casualidad?

Entonces, si se sostuviera que el hombre fue hecho por casualidad nos encontraríamos con el contrasentido de que el hombre —hecho por casualidad— no acepta que lo que él hace es producto del azar.

Hace muchos, muchos años ya se dijo, y fue precisamente el mismo filósofo que cité antes, Aristóteles, quien lo sostuvo: “Hay mucha casualidad en lo que ocurre a los vivientes, pero eso es después de la naturaleza y sus leyes”.

Hay personas que buscan términos, para adecuar el azar, para explicar el proyecto. Buscan términos que son prácticamente los mismos. Por ejemplo, Jaques Monod, quien fue premio Nobel de Medicina el año 1965, fisiólogo, uno de los que postulaba la teoría del azar, decía: “Si se conoce la máquina fotográfica y se vé que la máquina está armada para tomar fotografías, para captar imágenes, nadie podría sos-

tener que el ojo no tiene la misma finalidad, que el ojo humano tiene la misma finalidad y, en consecuencia, es un proyecto”.

El ojo humano es un proyecto. Pero Monod le agregaba el término “necesidad” a la casualidad. Entonces, ¿qué había hecho que se formara el ojo humano? Había sido la conjunción del azar con la necesidad. Y la necesidad, ¿no sería otro nombre para las leyes, para la finalidad del proyecto? Tiene que ser así.

Yo más bien me radico en lo que el propio Darwin sostuvo, cuando ya había hecho sus viajes, ya había formulado su teoría. Sostuvo: Creo que la vieja creación, es ahora tan necesaria como siempre. (“I think the old creation is almost as required as ever”). Es decir, creo que —(a pesar de mi teoría)— la vieja concepción de la creación es tan necesaria como siempre”.

Los científicos no niegan hoy la evolución. Se reflexionará sobre su oportunidad o su grado de profundidad, pero no se puede discutir que existe.

Y para mí, lo que no se puede discutir es que el hombre, producto de la evolución, es el resultado final de un proyecto. Y el proyecto es precisamente el continuar la creación, que en cuanto a la materia, se detuvo en un momento.

3.- El Hombre y la Creación.

El hombre es el cocreador, si quieren. Llámencreador si quieren. Digan ustedes: “No, porque la materia no la hace el hombre, la transforma”.

Llamémoslo entonces transformador de la materia. Llamémoslo de cualquier forma, pero el hombre vendría siendo el resultado de un proyecto, y su finalidad es hacer cosas.

Cuando nos ponemos a pensar qué es lo que ha hecho el hombre —y recordamos, como lo hacíamos recién— que hace 50.000 años apareció el Homo Sapiens, nos sorprende que en cambio la cultura, como la entendemos hoy, solamente se inició hace 10.000 a 12.000 años, cuando el hombre se radicó, comenzó a cultivar la tierra, se formaron las primeras verdaderas comunidades organizadas.

Sin embargo, hace 20.000 años —más o menos hace 20.000 años— este ser evolucionado, que llegó a convertirse en el creador velocísimo que ha resultado ser —porque basta hacer una breve estimación para darse cuenta con qué velocidad el hombre ha cumplido su cometido— dejó en las Cuevas de Altamira su registro. Estas pinturas rupestres, que dicen algunos son una especie de pintar en la pared el deseo de lo que va a ocurrir, una especie como de amarrar el santito: pintando en las cuevas los animales que salía después a cazar, creía que iba a resultar exitosa la cacería. Este registro, yo creo que quien lo interpretó mejor fue precisamente Unamuno. No es fácil entender lo que Unamuno quiso decir, sin conocerlo bien. Pero la aspiración de Unamuno a algo que ustedes también aspiran, sin saber cómo —que él tampoco lo sabía, ni yo ni nadie podrá saberlo, por ahora— lo hizo interpretar este registro diciendo lo siguiente —sobre lo que hay

que reflexionar—: “En las Cuevas de Altamira pintó animales mi abuelo, que el cielo que no se come, no es cielo para el anhelo”.

Yo creo que eso es una buena interpretación de lo que es verdaderamente, de lo que ha sido, la aspiración del hombre: “El cielo que no se come, no es cielo para el anhelo”.

Pero volviendo a lo que este creador ha hecho, durante los 10.000, o los 12.000 años en que ha estado actuando, hay un recurso muy conocido —ustedes pueden eventualmente haberlo visto más de una vez—, que consiste en el cronograma. Consiste en interpretar el tiempo de alguna forma, medirlo de alguna manera asible para darse cuenta de qué es realmente lo que ha ocurrido durante ese tiempo, y a qué velocidad.

Resulta pasmoso pensar que si el hombre comenzó como tal —nuestro verdadero antepasado— hace sólo 50.000 años, y comparamos su edad con el lapso de tiempo que se le podría asignar hoy a la expansión del universo, la vida del Homo Sapiens sobre la tierra representaría respecto de ese proceso, tanto como un minuto en un año, o un tic-tac en una semana.

Pero debemos considerar que hasta hace 10.000 ó 12.000 años —por los restos fósiles de que se dispone— y otras demostraciones de la actividad humana, nada trascendente habría creado el hombre. Y si lo hizo, desde esa época, en que se estableció, se afincó en comunidades y comenzó a cumplirse el proyecto del hombre creador.

Y este proyecto se ha cumplido desde entonces

a tal velocidad que si tomáramos como un año, comenzando el 1.º de enero, cuando apareció el Homo Sapiens, año que termina hoy, como un 31 de diciembre —sin que hubiera hecho nada trascendental hasta mediados de octubre de este año teórico— a fines de octubre, el hombre se habría establecido en comunidades sedentarias, el invento de la rueda habría ocurrido a fines de noviembre, en fecha similar a la de la construcción de las grandes pirámides; habría el hombre iniciado la construcción de la Catedral de Colonia como el 24 de diciembre. Habría comenzado la construcción —porque aún en un cronograma de esta extensión— son de considerar los largos siglos que demoró su construcción. La imprenta habría sido inventada como el 27 de diciembre. La independencia de Chile se habría producido el 30 de diciembre. En cambio todo lo siguiente, en la práctica, la fisión del átomo, la primera máquina calculadora electrónica, el primer satélite artificial, la conquista de la Luna —todo lo demás—, habría ocurrido en la noche del 31 de diciembre, la noche del último día. Serían entonces necesario pensar realmente en qué será este hombre capaz de hacer en un futuro. Y reflexionar sobre qué bien ha cumplido su proyecto, qué exitosamente se ha cumplido la finalidad de este proyecto, del hombre creador.

III. LA EMPRESA

1.- El Emprender en la Empresa.

He sostenido anteriormente que hemos hablado del emprender no como una actividad privativa del empresario. Es claro que el empresario emprende. Ahí está envuelto el riesgo, y la dificultad. Pero el riesgo y la dificultad son cosas conaturales a lo humano. No solamente es el empresario el que sufre riesgo e inseguridad. Y he sostenido que emprende por supuesto el artista, emprende el filósofo —cada cual en lo suyo—. Esto tiene una gran trascendencia de todas formas, una gran trascendencia también social. Pero en el producir bienes, en elaborar la materia para producir bienes o en organizar la producción de servicios, es precisamente a través de la empresa donde —preferentemente— se ejecuta esa labor y se obtiene ese resultado.

¿Y qué ha sido la empresa a través de los tiempos? Porque también es interesante pensar que el hombre que ha creado tanto, cuanto ha hecho por su cuenta, aisladamente, y cuanto ha hecho organizando una empresa.

Si tomamos un concepto muy genérico de empresa, que sería el realizar actividades colectivas, resulta que la empresa es tan antigua como el hombre. La propia cacería, la propia caza de las grandes bestias, no era una labor para un hombre solo, o para hombres dispersos. Había todo un proceso, había toda una organización y cierta-

mente esa organización* y ese proceso son antecedentes, remotísimos de lo que es la empresa.

Pero la verdad es que la empresa como tal, solamente comenzó a funcionar, cuando el hombre se radicó, cuando fue necesario cultivar el campo, cuando se produjo esta revolución —agrícola que podríamos llamar— en que el hombre descubrió la relación que existía entre la semilla y la planta y se dio la modalidad, de usar esto en su propio beneficio. Las primeras empresas tienen que haber surgido en aquel entonces. Y tienen que haber surgido sobre la base esencialmente familiar, del sistema social del momento.

Los primeros atisbos de la empresa organizada verdaderamente son tan viejos como Jenofonte.

Jenofonte escribió un libro que se llama “Las Rentas de Atica”. Escribió, de lo que yo conozco, muchas cosas. Ustedes saben que escribió también la “Apología de Sócrates”, porque cuando regresó a su patria desde el Asia, donde andaba en acciones de guerra, se encontró con que ya habían escrito la Apología, y él que era un discípulo devoto de Sócrates, escribió su propia Apología, que es un texto, por supuesto, distinto al clásico, que es el de Platón.

Junto con escribir “Las Rentas de Atica” escribió “La Economía”, en los cuales introduce los primeros elementos de la organización del trabajo, y de división de las faenas de tal forma que un operario hiciera siempre la misma cosa, con lo cual se aumentaba la productividad. Estos

conceptos de la empresa actual, son antiguos.

Luego de la agricultura vinieron las industrias extractivas, las de transformación, pero siempre sobre la base de una relación, más bien de esclavitud casi, de los obreros respecto de la empresa misma.

En la Edad Media la empresa estuvo radicada en los gremios. Alrededor del siglo 15, siglo 16, comenzaron los primeros atisbos de lo que fue el capitalismo de la empresa —en que ya el empresario, dueño de los medios, logró adquirir las máquinas, poner los capitales y contratar la ejecución—. Y desde entonces comenzaron —por un lado— el perfeccionamiento del funcionamiento de la empresa, y por otro lado los problemas sociales. Los problemas laborales, los problemas de todo orden, las tensiones, que se crearon en el interior de la empresa.

A través de la aplicación de la ciencia y de la tecnología, crecieron las empresas en importancia, la tecnología no solamente se aplicó a los procesos, sino que a la administración misma, y las tensiones se mantuvieron prácticamente con soluciones difíciles.

El sindicalismo —que es la solución lógica de reunirse aquellos que son débiles para enfrentarse a una contraparte de mayor poder— tiene su origen recién a fines del siglo pasado, comienzos de este siglo. Resistido inicialmente por todos —por los Estados, por los empresarios— hoy día es una fuerza que existe. Una fuerza que no se puede desconocer.

Tanto demoró, como hasta el año 1919, en

que se considerara adecuadamente al salario, y que se hiciera una declaración, en la Conferencia de Paz de Versailles, en el sentido de que el trabajo es un elemento que no tiene por qué estar sometido a las leyes del comercio, como cualquiera otra cosa.

2.- La Empresa Comunidad.

Las tensiones —sin embargo— no se han terminado. Y se plantea la idea de que la empresa es una comunidad humana, como sería, en alguna forma de desear. ¿Qué significa que la empresa es una comunidad humana? Para qué nos enredamos con la idea de que la empresa es una comunidad humana, o, ¿no será mejor olvidarse de eso y llegar y pagar los salarios y se acabó? ¿No será preferible contratar al trabajador por el valor que tiene en el mercado, en un momento determinado y olvidarse de él?

Porque trae muchas complicaciones conceptuar a la empresa como una comunidad. Una de las complicaciones más importantes es que si existe el trabajador como persona, y es ahí, en ese sitio, donde va a desarrollar su labor, ahí será, en ese sitio, donde tiene que tener la capacidad de desarrollarse verdaderamente como persona. Donde si no.

Porque si realmente se considera a la empresa como una comunidad, es en ese sitio, y no en otra parte —no se vé dónde— debería existir la posibilidad y la capacidad para el trabajador de ganar

una remuneración adecuada como para subsistir dignamente.

Sería, además, necesario ponderar adecuadamente los aportes que el trabajador hace a la producción. Porque si se le considera a la empresa como una comunidad y no un negocio de compra-venta, es precisamente ahí donde el trabajador debería tener una opción de participar. Participación que ahora no planteo a ningún nivel de profundidad, sino que una participación —y debemos decir que una participación creciente, sería de desear.

Y el hombre que es capaz de crear a tanta velocidad —como ya lo vimos— ¿no sería capaz, tal vez de orientar parte de su esfuerzo, precisamente el establecimiento de condiciones mejores, para que en realidad pueda existir este concepto de la empresa comunidad?

Esto nos lleva a plantear una cosa que es bastante interesante, que es el que el buscar esta forma de mejor convivencia en la empresa significa no desconocer su realidad. Porque frente a la empresa ha habido tradicionalmente dos planteamientos que son —a mi juicio— falsos. Los amigos de la Cámara lo conocen esto demasiado bien, pero aún así lo voy a repetir.

Una primera interpretación de las tensiones internas de la empresa sostiene que siempre los intereses entre el capital y el trabajo son encontrados y son irreconciliables. Esta primera tendencia llevó a plantearse a los marxistas, la lucha de clase, que no es otra cosa que eso. La lucha de clases no se resuelve terminando con la lucha,

se resuelve terminando con la sociedad en la cual existe. Es un planteamiento integral. Pero dentro de la empresa, es el germen de la lucha de clases precisamente el planteamiento de que los intereses son absolutamente irreconciliables.

En cambio, otros —utópicos, o utopistas— sostienen que los intereses de los trabajadores y los de los empresarios son siempre coincidentes, que son los mismos. Como quien dice una visión de las verdes praderas —utópico— que tampoco corresponde a la realidad.

Resulta más real y eficaz llegar a comprender la idea de que en la empresa existen intereses contrapuestos, porque no pueden dejar de ser contrapuestas las posiciones respecto de los niveles de remuneraciones: mientras más se paga por una labor determinada, con menos se queda quien paga, y más recibe el que hace o ejecuta la labor. Y que una vez resueltos estos intereses contrapuestos, por los mecanismos idóneos, quedará abierta la posibilidad de que los intereses conjugados —que también existen—, encuentren su cauce, en la colaboración, en la empresa o fuera de ella, en organismos gremiales, como la Cámara de la Construcción, por ejemplo. Que mucho de lo que he dicho y he recordado en esta oportunidad de su labor, se ha hecho también como una instancia de colaboración.

Y no sería interesante dedicar un poco de esfuerzo —la Cámara lo ha hecho— pero no sería interesante dedicar mayor esfuerzo —lo planteo así, en forma muy genérica— en la búsqueda precisamente de esas fórmulas, ya que el hombre

creador tiene —como finalidad de un proyecto— no solamente el hacer cosas, sino que hacer cosas para un mundo feliz, para una comunidad mejor.

¡Pero este mundo feliz, esta comunidad mejor, ha sido ya la preocupación de tanta gente!

3.- De Utopía a Topía.

Tomás Moro fue el que acuñó un término: Utopía, que hoy se emplea para cualquier cosa que escapa a la factibilidad inmediata, para cualquier cosa que tiene, diría yo, una cuota de ilusión un poco desmedida. Alguien dijo alguna vez que las utopías eran verdades prematuras. Y creo que si se examina un poco la cosa, razón tenía, en realidad. Las utopías son verdades prematuras.

Pero qué es, en buenas cuentas, una Utopía. Una Utopía es lo que Moro quiso decir con ese término. Moro escribió su Utopía, y como aparentemente no tenía mucha seguridad de la factibilidad de tal idea, le puso el nombre que tiene: El lugar que no existe. Y para reforzar esa reserva, ubicó ese lugar en los márgenes del río Anhidro, es decir que no tiene agua. El lugar que no existe, en los márgenes del río sin agua.

Y al plantear en el temario el que hay que recorrer un camino, he querido decir solamente eso. La palabra Topía no estará posiblemente en el diccionario, ni existirá, pero de Utopía a la Topía, significa: de la Utopía —que es el sitio que no existe— a la Topía, que es el sitio que existe. Cuál es el largo del camino, y cuáles son

los pasos, es materia de reflexión.

Pero la preocupación de la Utopía de Tomás Moro ha sido compartida por muchos otros.

Si nos referimos a una comunidad nacional, y nos referimos al planteamiento de Tomás Moro como una organización de la comunidad nacional —que sí lo era, ésa era la pretensión— a pesar de que Moro acuñó el término de Utopía, el titular de Utopía no es Tomás Moro, es Karl Marx. Porque el marxismo no es otra cosa que una Utopía. Y llevada a tal extremo, que Marx escribió algo que voy a citar textualmente. Me voy a permitir leer la cita, para no ser infiel con Marx. Con los otros autores citados posiblemente pude serlo. El texto de Marx, que leo, es el siguiente: “Dentro de la sociedad comunista, la única donde el desarrollo original y libre de los individuos no es una frase, la conciencia de los individuos acerca de sus relaciones mutuas, no será ni el principio del amor o la abnegación, ni tampoco el egoísmo”.

La verdad es que el texto casi no se entiende. Porque si no hay realmente ni una, ni otra, ni razón alguna, por qué va a haber una adscripción del individuo, para el desarrollo original y libre.

Tomás Moro se inspiró en Platón. Se inspiró en una de las primeras Utopías escritas, que es la República de Platón. La República de Platón pretendía conciliar dos cosas difíciles de conciliar: la propiedad individual y la igualdad de los individuos. Criticada su República, escribió unas modificaciones de ella en Las Leyes. Pero en la práctica ni una ni otra vez tuvo éxito. No tuvo

éxito, sostengo, porque es sabido que asesoró al menos a dos gobiernos en Siracusa, al de Dionisio y al de Dion, planteando el montar un sistema parecido a su República en esa colonia griega, sin mayor resultado.

Pero los hombres buscarán siempre nuevas fórmulas, y nosotros tenemos la responsabilidad de recorrer el camino. No sé verdaderamente con qué éxito, pero habría que intentarlo, porque las razones que mueven al hombre a actuar nos dan el margen —no sólo para seguir creando bienes y servicios—, también para buscar estructuras de mayor perfección.

El hombre ha continuado con la creación que —en lo que respecta a la materia— en algún momento se ha detenido.

La evolución humana debe también continuar.

Tal vez expresada en el futuro —como lo deseaba y lo creía Teilhard de Chardin— por una creciente solidaridad entre los hombres.

IV. REFORMULACION DEL TEMA

1.- Las Razones del Actuar.

¿Qué razones ha tenido el hombre para actuar verdaderamente? Examinemos un poco. Examinémosnos nosotros mismos. Creo que, en realidad, la razón principal es la vocación del hombre creador. La razón principal es que el hombre, a igual que la naturaleza, que está siempre activa, tiene un impulso natural a mantenerse en actividad. Tiene un impulso natural a crear. Es el resultado de ese proyecto.

Hay también otros impulsos que son muy reales, el impulso económico que es legítimo. El emprender y el hacer cosas con un interés es legítimo. El emprender y el hacer cosas por el honor es legítimo. El hacerlo por la satisfacción —más bien de una virtud personal—, también es legítimo. Pero al decir de Aristóteles, la vida de ganar dinero, es una obligación, pero no parece ser eso lo que andamos buscando. La vida de honor y de virtud, parece ser un fin en sí mismo. Al decir esto le asigna una categoría superior al simple interés.

La vida de ganar dinero, es una obligación, pero no es lo que andamos buscando. Y la vida de honor y de virtud, con ser un fin, tampoco parece ser lo que andamos buscando.

Nosotros conocemos tantos empresarios. ¿Cuál es verdaderamente la razón que tiene para emprender? Porque si fuera simplemente el ganar

dinero, como medio o como fin, no se justificaría su empeño. No se explicaría por ejemplo lo que ocurre con la capitalización de las empresas. Porque hay muchas empresas que experimentan un crecimiento de capitales, que es de hecho un beneficio, pero que terminan verdaderamente en un problema de crecimiento, donde la utilidad misma del acumular dinero no se vé.

El poder, los honores, también podrían ser una razón de emprender. Pero no parece ser eso lo que andamos buscando.

Creo que a este primer impulso, de hacer cosas por el hecho de ganar dinero, y por razones de tipo personal, como serían los honores o como sería el poder, hay que sumar necesariamente un segundo impulso, que es el impulso hacia los demás. Es la conciencia del hombre, su constatación íntima de que no se puede desarrollar como persona si no es precisamente en el seno de una comunidad, que las cosas buenas, positivas, virtuosas —como decía Aristóteles— que se quieren hacer, las queremos hacer en relación con nuestros semejantes. Que en esa relación con nuestros semejantes buscamos, aspiramos, a lo que podría llamarse un equilibrio; que el equilibrio dentro de nosotros mismos, se suma la necesidad del equilibrio con los demás, que la búsqueda de formulaciones más justas, más felices de la vida en comunidad, es una búsqueda noble, es un camino que hay que recorrer.

2.- El Hombre, Animal Político.

Sostenía Aristóteles que la política es la cien-

cia más noble, porque su finalidad era, precisamente, esa búsqueda.

La finalidad, decía, que es más noble, porque subordina los fines particulares a un fin común.

Y para expresar con adecuado vigor, no sólo la vocación natural del hombre en la búsqueda de una comunidad más feliz, sino que también su capacidad de lograrla, planteaba el filósofo que el hombre es un animal político.

Esa razón, esa segunda razón para emprender, el buscar la relación con los demás, el ser consciente de que no se desarrolla uno como persona, sino en relación con los demás, es una dimensión, una segunda fuerza que no podemos ignorar.

Pero, ¿será eso solamente, será solamente la satisfacción, el dinero, los honores dentro de la tendencia de lo personal, y será esta segunda fuerza la de vivir en sociedad, de practicar estos actos buenos o virtuosos en relación con los demás, de formularse la vivencia en una comunidad más justa, serán esas solas las razones? ¿Se encontrará verdaderamente la satisfacción solamente en esas razones?

Si cada uno piensa y examina un poco, ¿no existe una tercera razón, un tercer impulso que sería el impulso que tiene el hombre a trascender? ¿No sería que la interpretación de Unamuno de las pinturas rupestres de las Cuevas de Altamira es ajustada a la verdad? Que no basta con conformarse con esta vida efímera, porque esta vida tan limitada haría simplemente que uno —como les decía al comienzo— se desentendiera

un poco de las obligaciones, si consigue la seguridad personal, aún cuando tenga la inclinación para atender ese otro segundo impulso humano.

Sin embargo, curiosamente, me he encontrado con un conocido, una persona que admiro, y que piensa exactamente lo contrario: Chiaqui Nishiyama. Ustedes deben haberlo oído mencionar hace poco. Es del grupo de los liberales del viejo cuño, que vino acá a dar algunas conferencias, junto con estos dos Nobeles, Hayeck y Schultz. Chiaqui Nishiyama es Rector de una Universidad en el Japón, no sé realmente cuál, miembro de una sociedad de estudios, de nombre Mont Pelegrin, donde están todos ellos, Hayeck, Schultz, él mismo, que es su presidente. Decía Nishiyama que, precisamente, lo efímero de la vida, lo breve que resulta, lo simple y poco valiosas que resultan nuestras razones, le hacen pensar en que realmente es necesario hacer cosas, que eso lo compromete a hacer cosas. ¡Curioso planteamiento, si sólo se radicara en una ideología individualista!

En verdad creo que existe esa tercera fuerza, ese tercer impulso que nos hace no aceptar el que todo termina, que nos hace pensar el que trascender es parte de nuestro proyecto, del que hablaba.

3.- Humanismo triangular.

Usando el recurso de la geometría, que ha estado siempre de la mano con la filosofía, ciencia —la geometría— cultivada desde los primeros atisbos siquiera conocidos de la filosofía, y ciencia cultivada también por quienes han sido no sólo filósofos, sino incluso teólogos o místicos —porque la geometría se ha prestado también para eso—, quisiera hacer algunas reflexiones.

Recuerdo, por ejemplo, el caso de Tales de Mileto, que, 500 años antes de Cristo, ya planteaba la existencia de Dios, en términos tales que sostenía que lo más antiguo era Dios, porque es ingénito. Y planteaba la existencia del alma humana inmortal, y, sin embargo, hizo en geometría varias formulaciones que después han sido clásicas, por ejemplo, la formulación del Triángulo Inscrito en el semicírculo, el teorema del valor de los 3 ángulos del triángulo, son de Tales de Mileto.

Platón fue discípulo de un discípulo de Tales. Porque Pitágoras estaría en medio, con toda su formulación, también radicada en las matemáticas, con su ciencia de los números, sus primeros principios coincidentes con los números. Pitágoras organizó una comunidad en una colonia griega en Italia, en Crotona, en base a los números y la música, que eran los principios básicos de su sistema.

Una comunidad que era bastante cerrada, con iniciación, con misterios, en que cada número tenía una interpretación, siendo tal vez los más importantes el 1 y el 3, la Mónada y la Tríada. La antigua tríada, del principio material, el intelectual y el elemento unificador o espíritu.

La misma Tríada, Tripka o Trimurti de la antigua filosofía hindú, en cuyas fuentes —se dice— también bebió Pitágoras, como lo hizo de la egipcía y de la caldea.

Platón pasó posteriormente a usar parte de las formulaciones de Thales y, según se cree, participó de los misterios pitagóricos, aún cuando a través de sus escritos no puede deducirse con certeza tal participación. Algunos sostienen que ello se debe a que precisamente, por tratarse de una iniciación, sus misterios eran mantenidos en el secreto.

Son, así, numerosas las iniciativas que, a través del tiempo, se han emprendido en la aplicación de las matemáticas a la filosofía, o en la interpretación de la naturaleza de las cosas, que constituyó el tema inicial de aquélla. Un buen ejemplo es el Critias de Platón.

Otras iniciativas posteriores han llevado a aplicar el álgebra a la teología, o, en fin, el cálculo de probabilidades al problema existencial y a la idea de Dios, como en el célebre caso de la apuesta de Pascal.

De todas esas iniciativas, quién sabe si la más trascendental es la Etica, de Baruch de Spinoza, cuyo verdadero nombre es “Etica demostrada según el orden geométrico”, y en la cual cada

una de las proposiciones adopta la forma de un Teorema geométrico, en que la tesis va seguida de su demostración, y de sus corolarios, y de sus escolios u objeciones.

Curiosamente, Baruch de Spinoza escribió esa Etica, según el orden geométrico, sin advertir que lo iba a hacer, sino que simplemente comenzó a escribir su libro en base a teoremas. El tema de su obra —igual que el tema de la Etica de los clásicos—, trata de Dios, de la naturaleza del alma, de los impulsos. Y es interesante leerlo, porque de repente dice por ejemplo: Proposición XV: “La idea del alma humana no es simple, sino compuesta de muchísimas ideas, etc. Demostración: Queda demostrado, como ya lo hice en la proposición XIII de esta parte, y por el postulado 1, considerando además el corolario de la proposición No 8”. Toda una secuencia lógica.

Yo no pretendo ni de lejos estar capacitado como para hacer una formulación de tal trascendencia como la “Etica demostrada según el orden geométrico”. Pero me he puesto a pensar en la posibilidad de plantearse una analogía, de lo que es verdaderamente el hombre, usando formulaciones conocidas de la geometría, y he elaborado una tesis, un planteamiento, que he llamado “Humanismo Triangular”, que no es sino recoger algunas de las ideas que les he expresado, y tratar de graficarlas en alguna relación con la geometría. No es una demostración, sino que solamente una analogía gráfica.

Para ser honrado, les quiero advertir que la

formulación de este llamado Humanismo Triangular tiene una intención. La intención es que ustedes no se olviden tan pronto de lo que les he dicho. Es una manera de forzarlos a recordar. La pretensión del planteamiento gráfico de un humanismo.

Se trataría de lo siguiente:

El hombre tiene una realidad, una circunstancia, una voluntad, una suma de condiciones, que se podría expresar gráficamente con un trazo, que puede ser mayor o menor, crecer o decrecer.

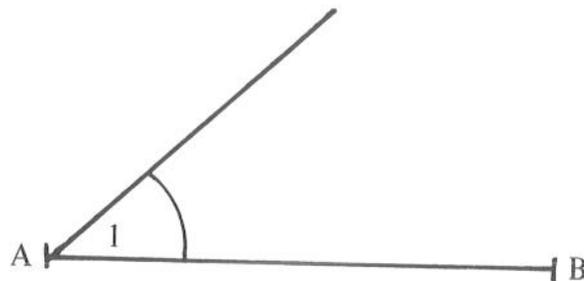


“Podría expresarse gráficamente con un trazo...”

Cada uno de esos trazos será diferente para las distintas personas.

Un primer impulso que obedecería al impulso que podríamos llamar animal —y perdonen la expresión, pero se deriva del hecho de ser el hombre un animal— racional como se ha sostenido. El primer principio, el material —o este impulso animal del hombre—, que le hace precisamente aspirar a la seguridad al sustento, y en alguna medida —igual que los demás animales— a apro-

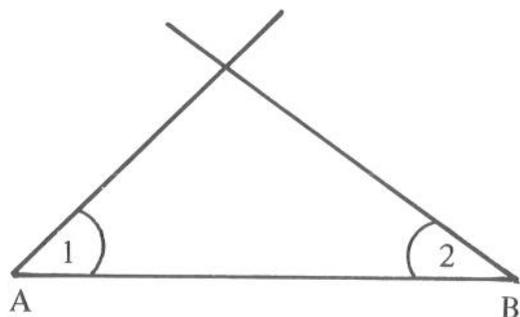
piarse de las cosas, está representado por un ángulo. Este impulso de lo personal, del primer elemento material, por un ángulo sobre la base que el hombre tiene.



“El ángulo que se encuentra graficado con el número 1...”

Hemos sostenido, sin embargo, que el hombre tiene un segundo impulso, que podríamos llamar racional, siguiendo un planteamiento que dice que es la razón la que nos hace aspirar a realizar las buenas obras, y a practicar la virtud. Y a considerar por la razón —y por el sentimiento será también en alguna forma— la vida en relación con los demás. Y este segundo impulso obedece a esa segunda dimensión, a la dimensión social del hombre, que no conforme solamente con vivir en soledad, encerrado en sí mismo, sabe que no

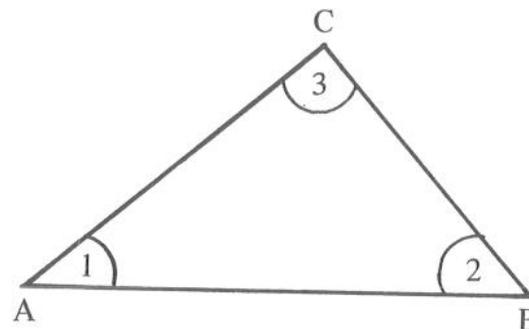
se puede desarrollar como persona sino en relación con los demás, en comunidad. Y este segundo impulso que así de buenas a primeras aparecería como contrapuesto con el primero, de hecho no es contrapuesto, tiene otra dirección y tiende en la práctica a converger. Estaría este impulso graficado por el segundo ángulo del triángulo,



“Estos dos impulsos que no son divergentes”

el número 2). Estos dos impulsos, el de lo personal y el de la tendencia que podríamos llamar solidaria o que podríamos llamar racional —términos que no son exactamente coincidentes, pero estoy usando términos distintos de distintas formulaciones— harían que el hombre tuviera

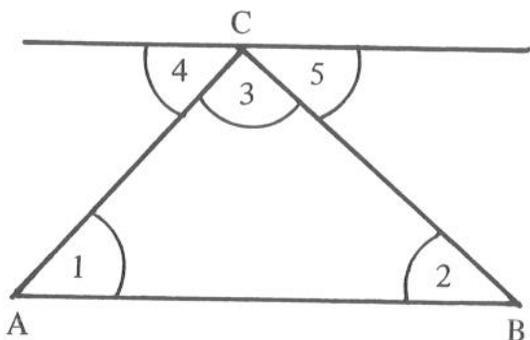
estos dos impulsos que no son divergentes, sino que se encuentran en un punto que vendría siendo el vértice del triángulo personal.



“El ángulo número 3)... que vendría siendo el elemento unificador”

Y acá en este tercer vértice del triángulo personal, se forma un ángulo. Este tercer ángulo, el número 3, es el que yo llamaría del tercer valor del hombre, que vendría siendo el elemento unificador o el elemento de trascendencia —si ustedes quieren— y para los que me acompañen a llamarlo elemento espiritual, amor de Dios, o alma —yo lo llamo así— vendría siendo el tercer ángulo del triángulo que forma verdaderamente la persona.

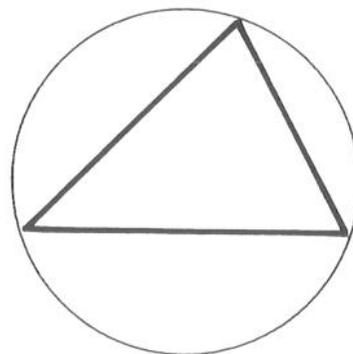
El elemento del impulso de lo personal y de lo comunitario, cierra el triángulo personal formando el tercer ángulo que es ese ángulo que llamo de trascendencia.



Ahora, he trazado una recta por el vértice de trascendencia. Se van a reír los ingenieros —los que tengan memoria— porque para acordarse de esto, tienen que acordarse de 40 años atrás o más. He trazado esa recta paralela a la base para graficar una cosa que aparece bastante clara: parece que el ángulo número 1 fuera igual al número 4 y como si el ángulo número 2 fuera igual al número 5. Resulta que no parece solamente, porque son en realidad iguales. La demostración que “in illo tempore”, ustedes oyeron, probaba eso. Y esto significa que los 3 ángulos del triángulo, los número 1, 2 y 3, el de lo personal, el de lo solidario y el de trascendencia, su-

men siempre lo mismo, 180 grados y, en consecuencia, no sería posible variar la magnitud de un ángulo de éstos, sin que varíe también alguno de los otros dos.

Quien se dedique con un impulso más privativo a lo personal, que ceda más a ese impulso inicial que mencioné, va a tener que hacerlo en detrimento o del ángulo que tiene la solidaridad, o de ese otro ángulo de trascendencia o del aspecto de lo espiritual, como lo hemos definido.

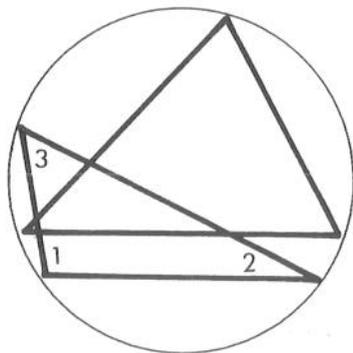


“Pero el hombre se encuentra inmerso en un medio...”

Pero el hombre se encuentra inmerso en un medio, está rodeado de gente, vive en un ambiente social, en una época, en una circunstancia; que se podría graficar en una circunsferen-

cia que lo envuelve. O mejor dicho, en un círculo. Su triángulo, que tiene superficie, en el círculo que también la tiene.

Dentro de esta circunferencia se puede trazar infinitos triángulos. Resulta que aquí hay una cosa que es fácil entender, un triángulo tiene solamente una circunferencia que lo envuelve, no hay más de una que pase por los 3 vértices. En

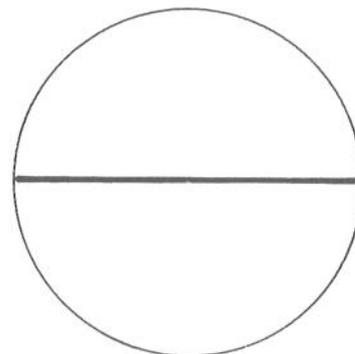


“En una circunferencia se pueden inscribir muchos triángulos...”

cambio, en una circunferencia se pueden inscribir muchos triángulos y todos resultan ser diferentes, como ocurre en un medio social cualquiera. Aquí yo he planteado varios triángulos, dos de ellos: uno que tiene los ángulos 1 y 2 casi iguales y otro que tiene un gran ángulo nú-

mero 1, de lo personal, uno bastante pequeño número 2, en lo solidario y uno bastante insignificante, número 3 en lo espiritual, o unificador, tercer elemento, alma, trascendencia, como se quiera llamar.

Pero la base del hombre inscrita en el círculo de su medio puede tener distintas dimensiones. Un hombre puede tener una base muy pequeña en el medio en que está inmerso, o muy grande.

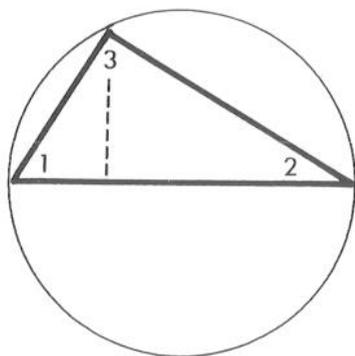


“No puede haber una cuerda mayor que el diámetro”

El hombre necesita hacer crecer su base en ese medio, darle la mayor dimensión posible. Y la mayor dimensión posible es precisamente la que

corresponde al diámetro de la circunferencia. No puede haber una cuerda mayor que el diámetro.

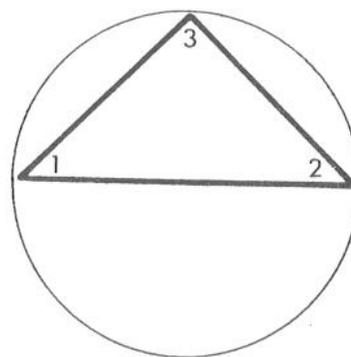
En consecuencia, el hombre que aspira a tener su base mayor en el medio en que está, debe aspirar a que ella esté en el diámetro. Aquí ocurre una cosa curiosa: si está en el diámetro, el ángulo superior, el número 3, es un ángulo recto. Ya se acordarán ustedes que la geometría planteaba



“Este ángulo de trascendencia es el mayor de todos...”

esto. Se puede demostrar —pero no vamos a entrar en la demostración— que es un ángulo recto. Este triángulo es rectángulo, y entonces este ángulo de trascendencia es el mayor de todos, y la base es la mayor que puede inscribirse en el círculo.

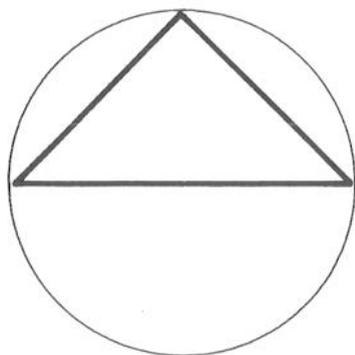
La verdad es que la importancia del triángulo no estaría definida por esto solamente. Este triángulo tiene una altura y el hombre que está representado por ese triángulo podría aspirar a crecer en altura, podría aspirar que su triángulo personal tuviera una mayor importancia, una mayor superficie. ¿Dónde debería estar ubicado ese



“Los dos ángulos basales son iguales...”

punto, el vértice de trascendencia, para que en realidad el triángulo de esta persona fuera el mayor posible, para que su altura fuera la mayor posible? precisamente, en el zénit de la circunferencia. Si él logra formar el triángulo, de manera que su vértice de trascendencia esté ubicado en la parte más alta, en el zénit de la circunferencia,

se tendría lo que aparece en el gráfico. ¿Y qué es lo que pasa en este gráfico? Que cuando se llegue a tener la base mayor, que es el diámetro, y lleguemos a tener el vértice de trascendencia con la altura mayor del triángulo, ocurre otra circunstancia que es necesario considerar: los dos ángulos basales son iguales. Este triángulo es un triángulo que se llama en geometría el triángulo rectángulo isósceles.

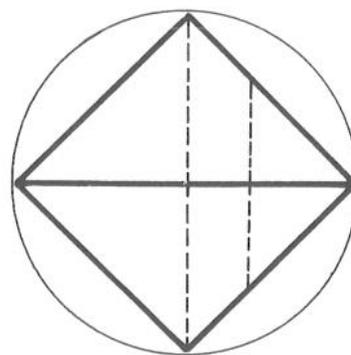


“Amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo...”

Miren ustedes que resulta gráficamente curioso —no es una demostración, lo reitero— pero resulta curioso que en este triángulo estaría graficado un precepto ético que es bastan-

te antiguo y del mayor prestigio, porque el hombre que tuviera este triángulo personal se podría decir que está cumpliendo con el precepto de “AMAR A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS Y AL PROJIMO COMO A SI MISMO”.

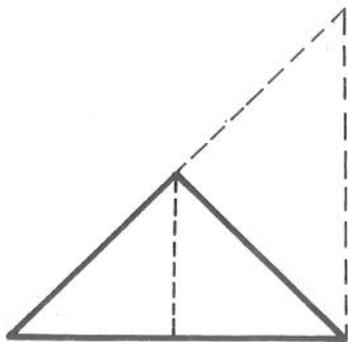
Ahora bien, el triángulo rectángulo isósceles es una figura interesante geoméricamente porque ustedes tienen lo siguiente, el triángulo rectángulo isósceles se puede duplicar por la base



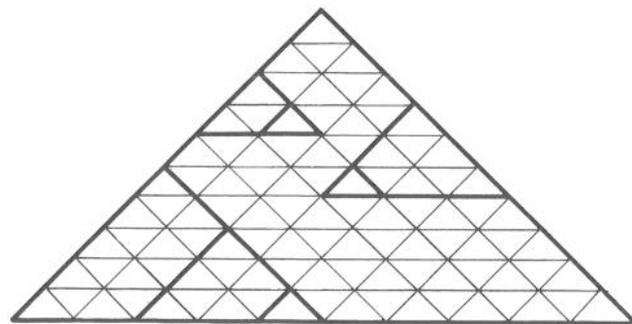
“Podría representar a la pareja humana...”

formando un cuadrado, también inscrito en la misma circunferencia. Y si tenemos buena voluntad, parece que se podría decir que —como gráfico— podría representar a la pareja humana, porque está formada precisamente por dos triángulos semejantes que tienen la misma base, inscritos en el mismo medio, que es el mismo círculo. Y el prestigio de la pareja humana no lo vamos a discutir acá. Y tiene una característica curiosa: si ustedes trazan una línea que una los vértices o una recta paralela a ella, se formaría otro triángulo isósceles que puede ser la descendencia de esta pareja, siendo todos triángulos isósceles, en consecuencia, semejantes.

Hay una característica final en esta analogía. No los voy a aburrir más con la geometría,



pero esta importante característica consiste en lo siguiente: Siempre es posible multiplicar un triángulo isósceles rectángulo, duplicándolo, haciendo un triángulo isósceles más grande, el doble del original. Al unirlo por uno de sus lados iguales, se forma un triángulo isósceles más grande, al dividirlo por dos, se forman 2 triángulos isósceles más pequeños y resultan todos —los grandes y los pequeños— semejantes entre sí.



“Podría ser el gráfico adecuado... Un tejido social...”

Un tejido formado por triángulos isósceles rectángulos como éste que pueden ustedes observar, podría ser el gráfico adecuado para una comunidad nacional. Un tejido social. Porque

contendría individuos que son triángulos isósceles rectángulos equilibrados, organismos que los asocian como organismos intermedios que también son triángulos isósceles rectángulos. Y la comunidad toda estaría formada por la malla total, que incluye organismos intermedios e individuos que son todos semejantes, isósceles rectángulo.

Yo ya les dije cuál era la intención, que ustedes recordaran esto.

Ahora nos ponemos a pensar hasta dónde hemos llegado a demostrar esto de la obligación de emprender. Yo creo que no hemos llegado a demostrar nada. No ha habido una demostración —tampoco se pretendía, por otro lado— de manera que no me siento frustrado.

V. CONCLUSION

1.- Razón y Voluntad.

Aunque no haya llegado racionalmente a probar nada, no puede olvidar que —al decir de Pascal— “el corazón tiene razones que la razón no comprende”.

Tampoco puedo olvidar que Pascal no establecía una oposición entre el corazón y el conocimiento racional. Todo lo contrario. A su entender, constituía el corazón, con sus anhelos, una segunda fuente de conocimiento, como lo expresa claramente en sus Pensamientos.

Existe, a no dudar, esta doble dimensión del hombre: su razón y su voluntad.

Esta dualidad razón-voluntad, es el elemento que lo hace precisamente humano, que lo impulsa a actuar. Se encuentra radicada tanto en la cabeza, con su racionalidad, cuanto en el corazón, con sus anhelos. Dicotomía que atormentó a Unamuno, entre las exigencias de ambos, dando tal vez origen a su Agonía. Y a su Sentimiento Trágico de la Vida.

Pero resulta que la razón —en el aquí y el ahora— tienen una validez bastante relativa. La misma ciencia lo ha probado. Se han formulado leyes, incluso leyes del universo, que luego han sufrido un proceso de modificación importantísimo.

La antigua interpretación de los astrónomos, la de las Esferas Celestes, a las que Pitágoras llegó a asignar la “música inaudible”, encontró

su término al formular Ptolomeo su teoría de las órbitas planetarias alrededor de la tierra.

Más de un milenio más tarde, Copérnico plantearía el sistema girando alrededor del sol y la tierra en movimiento, perdida su trascendencia de “centro” del universo. Sabido es que a Galileo, seguidor de Copérnico, le costó condena y cárcel el sostener tamaño disparate que, sin embargo, según relata Arquímedes, siglos antes de Cristo había ya sostenido Aristarco de Samos.

Las órbitas circulares alrededor del sol, duraron hasta Kepler, que las planteó elípticas, para verse rebasado luego por Newton, con su teoría de la gravitación universal, en tiempo y espacio absolutos.

Doscientos años después de Newton se ha probado que tiempo y espacio son relativos. Y el mismo Einstein ha sido posteriormente superado en sus formulaciones.

En buenas cuentas, pienso, que no hay que tener desmedidas pretensiones en la razón, porque la razón va encontrando nuevas fronteras. Se van haciendo nuevas formulaciones, se van demostrando los errores de algunas teorías, hasta ayer vigentes.

Justificadamente Karl Popper ha planteado su Racionalismo Crítico, y su “Teoría de la falsación”, previniendo contra el riesgo de asignar a ciertas deducciones y generalizaciones —aunque racionalmente elaboradas— valor de formulaciones científicas definitivas.

Es seguro el que más adelante, nuestra razón llegue a abarcar más de lo que hoy día abarca.

Que lleguemos a comprender más de lo que hoy comprendemos.

¿No será posible —en alguna medida— conciliar estas exigencias de una razón cambiante, con estos anhelos del corazón humano?

Creo que hay que darle a la razón su valor, hay que tener la mente despierta, pero hay que tener, también, abierto el corazón. Eso hace que las cosas sean humanas.

2.- La piscina de Betzatá.

Me ha impresionado un episodio de una historia oriental. Llamémoslo de esa manera, aunque sea, en realidad un trozo del Evangelio. No importa, para este caso, si corresponde o no a un hecho real, históricamente comprobado.

Relata San Juan que cerca de una de las puertas de Jerusalén, hay un estanque o piscina, llamada de Bethesda o de Betzatá. Tenía la característica de estar siempre rodeada de enfermos: parálíticos, leprosos, ciegos, cojos, pues en cierto momento se agitaba el agua, y el primero de esos enfermos que lograba meterse en ella, sanaba.

Jesús pasa por el lugar y repara en un parálítico, y al verlo de edad avanzada, le pregunta: “¿Quieres curarte?”. “Señor, responde aquél, sí, quiero. Hace 38 años que estoy enfermo, pero estoy solo, no tengo a nadie que me meta en la piscina, de tal manera que, cuando se agita el agua, yo no alcanzo a llegar a ella, otro lo hace antes que yo, y sana”.

Le dice Jesús: "Levántate, coge tu camilla y anda". Cargó el paralítico su camilla y se fue caminando. Luego, al verlo, comienzan a increparlo las gentes diciéndole: "Hoy es Sábado, no es lícito que cargues con la camilla"

Sorprendido, el recién curado contesta: "Pero cómo, el que me ha sanado, ese mismo me ha dicho 'Toma tu camilla y vete'".

"No es lícito", insisten. "¿Quién te ha sanado?". El, que al comienzo lo ignoraba, lo averiguó luego y, gozoso, fue y declaró que era Jesús quien lo había curado.

Persiguieron entonces a Jesús porque hacía tales cosas en día Sábado.

A su acusación, Jesús contestó: "Mi Padre siempre trabaja, y yo también".

3.- La Disposición a Actuar.

Me ha impresionado esa historia oriental. Entre otras razones, porque se presta admirablemente para examinar las cuestiones que hemos planteado: esta humana dualidad de razón y corazón, y este humanismo, que hemos llamado "triangular".

Los detractores de Jesús quieren impedir que actúe en día Sábado. Aunque sea sanando a un enfermo. Pero Jesús está dispuesto a hacerlo.

Aquellas gentes conocían el Precepto Mayor, que es muy antiguo, y que, como en los Versos Aúreos, diferentes culturas han expresado de diferente manera: "Amar a Dios sobre todas las cosas". Pero habían reducido ese precepto, en la

práctica, a la mera observancia de la letra de la ley, que incluso invalida su espíritu. No se puede trabajar en día Sábado, aun cuando sea curando a un paralítico. Jesús, en cambio, siempre trabaja, ni más ni menos que su Padre.

Y, ¿qué diremos del amor al prójimo? Porque era cierto que el paralítico había estado esperando 38 años. Y es cierto que en esos 38 años habían transcurrido como 2.000 Sábados. Pero, junto con ellos, también 12.000 días que no lo eran. Nadie se acercó, alguno de esos 12.000 días de trabajo, para darle la mano, y llevarlo donde posiblemente habría encontrado la salud.

El conjugar, de verdad, las exigencias de la razón y los anhelos del corazón, habría dispuesto a esa gente a actuar de otra manera. El haber amado de verdad, a Dios sobre todas las cosas, los habría impulsado a imitarlo. Siempre trabaja.

Y, por otra parte, respecto del enfermo, del necesitado, del prójimo, ¿qué actitud? ¿Esperar 12.000 días hábiles, sin hacer nada? ¿Esperar 6 días hábiles y luego decir: "ahora no puedo, porque es Sábado" y así otros, y otros 6 días...?

No creo que sea la práctica de algunas acciones caritativas la conclusión general que podamos sacar.

Nuestra responsabilidad es hartamente mayor. Tal vez la de —inspirados en un humanismo que bien podemos llamar triangular— cumplir de verdad con el precepto del amor creador, el que al decir del Dante "mueve el sol y las demás estrellas".

Si tenemos la capacidad, si somos el proyecto

eficaz, ¿cómo vamos a estar ignorando nuestra responsabilidad de hacer cosas, de multiplicar los bienes? No solamente multiplicar los bienes. De dar también a todos la posibilidad de participar y poner la mayor masa posible de bienes al servicio del mayor número posible de hombres. De obligarnos a emprender.

Y conclusiones concretas... ninguna. Un amigo me decía: "no saques conclusiones concretas". Aprendí la lección. No sólo aprendí esa lección. El mismo Unamuno, en un ensayo que cité al comenzar, expresa: "La audiencia quiere conclusiones concretas. Eso es lo que espera, como la de los Feriantes, que ofrecen un remedio para curar ésto o aquéllo. El conferenciante no saca conclusiones".

Tampoco yo las saco. Ya tengo la mía. Lo que espero es que cada uno de ustedes saque la suya.